

Rómulo Betancourt, Juan D. Perón y el 17 de octubre de 1945

◆ *Ricardo Alberto Rivas*

«En la noche del 17 de octubre convocó Acción Democrática a una reunión pública en el Nuevo Circo de Caracas. Millares de personas colmaron el más vasto local de la capital de la República. El ambiente estaba caldeado, denso de presentimientos»

Rómulo Betancourt

«En lo que se refiere, por lo menos a mi participación personal en el movimiento del 4 de junio de 1943 y a mi gestión posterior, no cabe duda de que ha sido legitimado en las manifestaciones populares del 17 de octubre de 1945»,

Juan Domingo Perón

Introducción

El 17 de octubre de 1945 se realizaron dos mítines populares a los que concurrieron prosélitos de dirigentes que, en cada caso, se consagraron allí definitivamente como líderes de movimientos políticos de indudable apariencia innovadora y demostrada proyección histórica. Uno en la Plaza de Mayo, Buenos Aires; otro en la plaza de toros Nuevo Circo, Caracas. En cada caso, los oradores Juan D. Perón (1895-1974) y Rómulo Betancourt (1908-1981) cerraron el

◆ Profesor y Magister en Historia. Docente investigador del Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

acto con sendos discursos y abrieron, según sus respectivos panegiristas, una nueva época.

Esto es, sencillamente, una curiosa coincidencia. ¿Qué tienen en común ambos acontecimientos, además de la simultaneidad y que el dirigente venezolano mencionara peyorativamente en el discurso a su émulo argentino? Poco, si se pretende hallar alguna conexión entre ellos o similitudes en sus respectivos contenidos ideológicos; bastante, si lo que se busca es contrastar dichas personalidades y acontecimientos políticos en el contexto de la época, cuando la Gran Depresión, el impacto de la Segunda Guerra y la onda expansiva de la economía de posguerra generaron iniciativas de coyuntura semejantes. Eso sí, no es una simple coincidencia, como tampoco lo son otros casos latinoamericanos.

Entre las décadas de 1930 y 1960 se propagó en América Latina un estilo de conducción política que, entre muchos otros aspectos, enfatizaba la acumulación en la producción destinada al mercado interno, impulsaba cambios en el patrón de distribución del ingreso, exhibía la defensa de un supuesto orgullo nacional y convocaba a sectores sociales hasta entonces con menor protagonismo, difundiendo la imagen de una nueva relación de poder.

Artífices de estos movimientos, a quienes desde la sociología política se ha calificado de líderes populistas, tenían modalidades de acción política y formas discursivas bastante comunes, pese a que las matrices ideológicas que pudieran imputárseles fueran irreconciliablemente antagónicas: entre otros, quienes presidieron gobiernos en Brasil (Vargas: 1930-45; 1951-54), en Argentina (Perón: 1946-55; 1973-74), en México (Cárdenas: 1934-40), en Venezuela (Betancourt: 1945-48; 1959-63), en Ecuador (Velasco Ibarra: 1934-35; 1944-47; 1952-56; 1960-61; 1968-72).

A Getulio Vargas y a Juan D. Perón se les imputó en algún momento de su trayectoria cierto grado de adhesión al fascismo. Contrariamente, a Lázaro Cárdenas y Rómulo Betancourt se los acusó de afición al comunismo. Por su parte, a José María Velasco Ibarra en 1944 lo apoyaron católicos, comunistas, conservadores, socialistas, algunos liberales disidentes y sectores del Ejército.

Aunque realmente algunos hayan tenido alguna simpatía hacia la Unión Soviética, fue más un acercamiento táctico con militantes comunistas locales que con la estrategia mundial del marxismo-leninismo y, en último análisis, resultaron hostiles a esa ideología. En cuanto a quienes la tuvieron con los países del Eje, ella no fue ostensible o, en todo caso, fue exhibida con moderación. Ade-

más, todos sin excepción mantuvieron finalmente una línea rupturista y más o menos tarde adhirieron en sus respectivos países a la declaración de guerra, siendo Venezuela y Argentina los últimos en hacerlo en 1945; el primero el 15 de febrero y el segundo el 27 de marzo.

En distintos momentos, los cinco contaron con apoyo popular, incluyendo la ineludible institución castrense y la oposición de algunos sectores dominantes de la sociedad, siendo difusores de un discurso equidistante entre el comunismo y el capitalismo o entre la izquierda y la derecha. Esto los habilitó para asumir un peculiar *tercerismo* que, si frecuentemente resultaba declamatorio en la política interna, era cauteloso en la externa; más aún en la posguerra, dado que en situaciones extremas era poco probable poder sostener total prescindencia en la hipótesis de conflicto de la Guerra Fría.

También coincidieron en el uso de expresiones de exclusión para identificar a reales o aparentes peligros para el colectivo nacional, personificado en algún adversario político, un país extranjero o un sector social; recurso muy común en los discursos que los *líderes* mencionados dirigían a su público.

Asimismo, se constata un aire de familia en la manera en que se generaron y difundieron representaciones simbólicas acordes a las circunstancias, incluyendo algún acontecimiento emblemático que, por un lado, consagrara y legitimara un presumible liderazgo carismático y, por el otro, tuviera un significado fundacional o de cesura histórica que indicara el fin de una época y el inicio de otra.

Así sucedió, aunque de manera diferenciada, con la valoración dada en cada caso a los acontecimientos del 17 de octubre de 1945 ya mencionados. Dicha disparidad radica en el empleo que se hizo de cada suceso, adecuando la magnitud de su significado, dado tanto por amanuenses circunstanciales como por analistas especializados. En Venezuela fue menos apologizado, entre otras razones por no tener el significado de génesis del proceso político posterior, como fue para el peronismo, pues Acción Democrática ya tenía su origen mítico en la gesta estudiantil de la llamada *Generación del 28*.¹

En distinto grado, el culto a la personalidad constituyó un componente infaltable en ambos liderazgos y, aunque tanto Juan D. Perón como Rómulo Betancourt ya tenían antecedentes al respecto, a partir de este acontecimiento se convalidaron como protagonistas esenciales en la gestación de una democracia de masas, especialmente al alcanzar la Presidencia de sus respectivos gobiernos. El

¹ Se denomina así al grupo de estudiantes que ese año promovió algunas acciones de oposición al gobierno dictatorial de Juan Vicente Gómez, entre quienes se contaban futuros fundadores de Acción Democrática.

primero, por elecciones libres realizadas el 24 de febrero de 1946; el segundo, por el golpe militar del 18 de octubre de 1945, cuya gestión culminó con las primeras elecciones presidenciales democráticas que a fines de 1947 dieron ganador al escritor Rómulo Gallegos.

Si bien Betancourt y Perón estaban diferenciados por orígenes distintos, ideologías contrapuestas, trayectorias diferentes y una manifiesta animadversión, los dos líderes se consideraron artífices de una revolución por mandato popular y lideraron procesos de democratización de matriz autoritaria (Torre, 1989 y 1990).²

Deliberadamente, no se alude en este escrito al concepto *imaginario* que han adoptado muchos científicos sociales para indicar representaciones colectivas semejantes a las aquí mencionadas. Tampoco el que se refiere al *populismo* que los supuestos teórico-metodológicos abordan desde diversas perspectivas analíticas. En realidad, ni siquiera se discute aquí la pertinencia de dichas categorías para el análisis del tema en cuestión, pues el objetivo es menos teórico y más descriptivo, y me exime de citar la abundante bibliografía al respecto.

Las fuentes utilizadas son predominantemente secundarias y en todos los casos procesadas críticamente. Las de carácter periodístico constituyen un acotado *corpus* de textos que tienen en común pertenecer a medios de comunicación hostiles al gobierno del General Farrell, tales como *La Nación*, publicado en Buenos Aires, o *El País*, órgano de Acción Democrática editado en Caracas. Este último, consultado en una compilación seleccionada, se cita como original, seguido de la fecha de edición; sin mencionar en lo sucesivo los datos editoriales del repertorio (Betancourt, 1979).

Una última aclaración —con carácter de excusa— está referida al hecho de que no es intención comparar en su totalidad ambos procesos históricos y que el artículo está destinado a lectores que están más familiarizados con la historia argentina que con la venezolana, lo cual a mi entender justifica que se dedique un mayor grado de detalle a los precedentes históricos de esta última, para mejor comprensión del tema.

2 «La democratización por vía autoritaria» es una definición de Alain Touraine aplicada al peronismo por Juan Carlos Torres.

Entre el caudillismo, la dominación oligárquica y la transición a la democracia

En el transcurso de cien años, el sistema político venezolano pasó del caudillismo al Estado centralizado, cuyo carácter oligárquico culminó con una larga dictadura que se extendió hasta 1935, punto de partida para la difícil transición hacia la democracia.³

El centenario precedente se reduce a tres personajes que, con su influencia, cubrieron todo el periodo. Son ellos José Antonio Páez (1830-1848), Antonio Guzmán Blanco (1870-1888) y Juan Vicente Gómez (1908-1935), quienes –más allá de sus gestiones gubernamentales en los periodos consignados– se proyectaron extendiendo en el tiempo los correspondientes apelativos: *paecismo*, *guzmánismo* y *gomecismo*, que reemplazaban la precaria presencia de partidos políticos adeptos. Concluida en cada caso su prolongada autoridad, prevaleció un balance negativo mucho más perdurable.

Páez, al perder el poder en 1848 e involucrarse con los vencidos en la Guerra Federal (1859-1863), quedó fuera del panteón patriótico, luego que el triunfo liberal lo condenara al ostracismo. Históricamente se lo juzgó con cierta benevolencia, pero sin dejar de mencionar dos pecados graves. Uno, haber sido émulo de Bolívar y de los héroes bolivarianos de la guerra independentista. Otro, haber apoyado la causa conservadora, facción perdedora de una guerra civil que, como la Federal, es considerada fundamental en la lenta transición hacia la modernidad. Con todo, se admite que el caudillismo *paecista* favoreció la integridad territorial e hizo viable un mínimo orden social.

Tampoco Guzmán Blanco conservó una imagen positiva, pese a que se reconozca su importante protagonismo en la Guerra Federal y, ya en el poder, sus méritos en pro de la modernización y nacionalización del accionar estatal bajo conducción liberal. El mito bolivariano, del cual hizo un uso político excesivo, no le resultó suficiente para ocultar un juicio condenatorio, cuya sentencia parecen compartir tanto el rencor de la Iglesia por la laicización del Estado, como aquellos historiadores que lo han juzgado como uno de los gobernantes más corruptos del siglo XIX.

3 Venezuela se constituyó como Estado independiente en 1830 cuando se disolvió Colombia, entidad creada por Bolívar en 1819 integrando Quito, Nueva Granada y Venezuela, dando paso a la conformación de tres nuevos Estados.

Paecismo y *guzmancismo* conformaron dos niveles de dominación política que representaron el paso del caudillismo al Estado oligárquico, en tanto que durante el *gomecismo* se alcanzó el mayor grado de centralización estatal y subordinación de los regionalismos residuales, siendo además la última expresión política de la Venezuela agraria y la primera de la petrolera.

La elite intelectual argentina solía tener una imagen crítica de estos gobernantes, pero Páez no fue percibido tan negativamente. Protegido por los presidentes Mitre y Sarmiento, obtuvo reconocimientos honoríficos y pecuniarios del Congreso y el beneplácito de una dirigencia rioplatense ancestralmente antibolivariana, que lo consideró un superviviente de la gesta independentista y lo cobijó en el país entre 1868 y 1871. Entretanto Guzmán Blanco —*el Ilustre Americano*, como se hacía llamar— no tenía esa imagen y se lo llegó a calificar de verdadero déspota. Sarmiento, que así lo juzgaba, no alcanzó a valorar el aporte a la secularización estatal que el *guzmancismo* impulsaba con diez años de antelación al *roquismo* y a su propia gestión ministerial.

Gómez, por su parte, tuvo en sus últimos años de gobierno la oposición de algunos intelectuales venezolanos, muchos de los cuales desde el exilio difundían los aspectos más tenebrosos de la dictadura, tal como lo hacía Rufino Blanco Bombona, quien estableció una fecunda relación intelectual con Manuel B. Ugarte.

Guzmán Blanco y Gómez fueron los artífices del Estado nacional, al impulsar cada uno en su época la consolidación del poder central frente a los regionalismos y coadyuvar a la unidad nacional, incluyendo la difusión de símbolos tales como el culto a Bolívar y los primeros amagues de modernización. Por supuesto, el segundo tuvo mejores condiciones materiales para hacerlo, cuando la exportación de petróleo iniciada en 1917 constituyó una riqueza adicional que ocho años más tarde pasó a ser, de manera creciente, el principal bien del comercio exterior venezolano.

Las concesiones a capitales extranjeros para la explotación de hidrocarburos generaron grandes ganancias a esas compañías, a los *gomecistas* y al Estado venezolano, en orden decreciente y, aún así, el impacto sobre la sociedad fue significativo. Como efecto no buscado por el *gomecismo*, se desarrollaron dos clases sociales que pese a no ser numerosas, engendraron a nuevos y disruptivos opositores. Por un lado, la clase obrera petrolera, que en 1924 organizó la primera huelga del sector. Por el otro, la clase media, cuyos bisoños militantes estudiantiles tuvieron su bautismo político durante los festejos de la Semana del Estu-

diante en 1928, cuando al manifestarse contra el régimen generaron la respuesta represiva del Estado. Algunos de ellos continuaron con diversas acciones *antigomecistas* que los llevaron a la cárcel o al exilio, incluyendo a los que años más tarde participaron en los acontecimientos de 1945 (Pla, 1996: 61-72).

Al comenzar la década de 1930, la crisis del *gomecismo* parecía más profunda que nunca, pero aún así resultaba insuficiente para provocar su caída. En efecto, la oposición a Gómez incluía a parte de la intelectualidad, de los obreros y campesinos, de la naciente clase media, de algunos terratenientes, de no pocos militares, así como de ciertos inversores extranjeros; pero aunque no faltaron complots, no existía una alternativa al eventual reemplazo del *gomecismo* que satisficiera a todos (Caballero, 1995: 273-326).⁴

El 17 de diciembre de 1935 la muerte puso fin al gobierno de Gómez, pero no terminó de raíz con el *gomecismo*. La disolución de la policía secreta, el juicio o el exilio a los seguidores más cuestionados del régimen, el desahogo popular incendiando algunos edificios simbólicos y viviendas de los *gomecistas* más odiados y el retorno de los emigrados, no resultó más que una fugaz sensación de que se iniciaba una nueva época. En realidad, lo nuevo fue el llamado *posgomecismo*, una continuidad institucional que sólo merecía perecer si se trataba realmente de iniciar una nueva era, una era democrática que reemplazara los gentilicios caudillistas ancestrales que dominaron la historia política venezolana, con la instalación de una verdadera democracia, «una democracia decente», como la que habían exigido algunos jóvenes de la *Generación del 28*.⁵

Estas ideas se plasmaron en el *Plan de Barranquilla*, redactado en el exilio por Rómulo Betancourt en 1931, quien ese mismo año fundó la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI). Según los fundadores de Acción Democrática y muchos de sus hagiógrafos, su mítico origen se remontaría a esos antecedentes, que conformarían las bases del proyecto político que se plasmó en el futuro programa de Acción Democrática. Tras la muerte de Gómez y el regreso de los emigrados, estas ideas se fueron plasmando en las primeras organizaciones políticas que finalmente cuajaron en la creación de Acción Democrática en 1941, también denominado Partido del Pueblo.

4 Juan Vicente Gómez nació el 24 de julio de 1857 y murió el 17 de diciembre de 1935, una dudosa coincidencia con el día y mes del natalicio y muerte de Simón Bolívar.

5 En 1929, Rómulo Betancourt y el escritor Miguel Otero Silva, dos jóvenes que el año anterior habían participado en las luchas estudiantiles contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, redactaron el célebre panfleto *En las huellas de la pezuña*, señalando los síntomas del atraso venezolano y proponiendo como salida «una democracia decente».

El decenio transcurrido desde la muerte de Gómez conocido como *posgomecismo*, estuvo representado por los Generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita. El primero, ex Ministro de Guerra de Juan Vicente Gómez, había sido electo Presidente de la Nación para el periodo 1936-1941; mientras que el segundo, ex Ministro de Guerra de López Contreras, lo había sido para el mandato 1941-1946. Ambos fueron propuestos por el Ejército y designados por el Congreso, instituciones cuyos cuadros no habían sido renovados como resultado de una continuidad que, aunque decreciente, no ocultaba su origen en el régimen precedente.

El gobierno de López Contreras dio algunos pasos hacia la modernización del Estado, aunque en lo político los cambios fueron más simbólicos que reales, tales como asumir la presidencia vestido de civil y transmitir su discurso por radio. Aunque novedosos, son pocos méritos para compensar la represión a los obreros petroleros y a toda la oposición, clausurando periódicos, prohibiendo las actividades políticas y encarcelando a los adversarios.

Su enfrentamiento con la clase obrera fue constante durante su mandato, particularmente cuando se trataba de movimientos huelguísticos que afectarían la explotación petrolera. Esta tenaz rivalidad lo llevó a establecer el 24 de julio, natalicio de Bolívar, como Día del Trabajador Venezolano; una manera de imponer, como disyuntiva, la tradicional apología del internacionalismo obrero o el arraigado e indiscutido mito nacional. Manera capciosa de escarnecer a los trabajadores con una falaz emulación a la tradición bolivariana.

Como vimos, el uso del mito bolivariano no era nuevo y López Contreras también se valió de él, sólo que lo encubrió institucionalmente para su mejor aplicación en provecho político propio. En efecto, el 26 de octubre de 1941, poco tiempo después de dejar la presidencia, creó la Agrupación Cívica Bolivariana y con otros apoyos, que incluían a miembros del Ejército, pretendía suceder en 1946 a Medina Angarita, quien concluiría su mandato constitucional de cinco años.

Al igual que los *adecos*,⁶ los comunistas se opusieron activamente al gobierno de López Contreras y de manera más moderada a su sucesor Medina Angarita, al que éstos inicialmente calificaron de «fascista». Pocos meses después, el ingreso de la Unión Soviética a la Segunda Guerra los hizo variar a una opinión contraria, generándose una relación de conveniencia mutua cuyo resultado fue

6 Apelativo que identifica con la sigla AD a los integrantes de Acción Democrática.

que se levantaran las proscripciones que atentaban contra las libertades, se derogara el artículo constitucional que prohibía las actividades comunistas, se aprobara la restitución del 1º de mayo como día de los trabajadores y otras medidas que parecían justificar el abrupto cambio de opinión. A partir de entonces, no sólo dejaron de considerarlo fascista, sino que pasó a ser tratado como un firme aliado en la lucha contra el nazi-fascismo, dotándolo también de apoyo a su propio proyecto político.⁷

El 26 de mayo de 1943 se creó una organización que se denominó Partidarios de la Política del Gobierno, que el 18 de septiembre tomó el nombre menos obsecuente de Partido Democrático Venezolano, cuyo objetivo no sólo era apoyar al gobierno, sino también organizar la próxima sucesión presidencial sin el tutelaje de las instancias tradicionales de decisión.

En las elecciones municipales y legislativas de 1944 los ganadores serían electores del próximo presidente, por conservarse aún el voto indirecto. En Caracas, Acción Democrática con el 34% de los votos perdió frente a la coalición gobierno-comunistas, que obtuvo más del 60%. Consecutivamente se elegirían senadores y diputados en todo el país, conformándose en consecuencia el congreso elector que designaría nuevo presidente en 1946 con una abrumadora mayoría perteneciente al oficialista Partido Democrático de Venezuela.

El sistema de sufragio vigente excluía a la totalidad de las mujeres, a los analfabetos y a los jóvenes menores de 21 años. Si realmente los excluidos constituían potencialmente la base electoral de Acción Democrática, como creían los *adecos*, entonces solamente con el sufragio universal llegarían a ser un partido de masas y, según ellos, esa ampliación de la participación ciudadana no estaba en los planes del gobierno.

En rigor, el gobierno de Medina Angarita había modificado la legislación en 1944, estableciendo el voto directo para la elección de diputados y concediendo el voto femenino en las elecciones municipales, pero no estableció la elección directa del presidente, continuó negando el derecho al sufragio a los analfabetos, a las mujeres en las elecciones generales y excluyó a muchos jóvenes al conservar el mínimo de edad en 21 años. De esta manera, en la oposición, Acción Democrática se apropió de manera casi exclusiva de la consigna democrática al propugnar el voto directo, universal y secreto.

7 Aunque desde la década de 1920 algunos activistas difundían las ideas del marxismo, los comunistas venezolanos se organizaron más tardíamente que sus congéneres latinoamericanos. Creado de manera precaria en 1931, el partido se organizó definitivamente en 1936.

El oportunismo del gobierno y los comunistas proporcionó cuatro resultados convergentes aprovechados por Acción Democrática: 1) provocó desconfianza entre algunos integrantes del Ejército hacia el gobierno de Medina Angarita; 2) produjo una disminución de la influencia de los comunistas entre la clase obrera; 3) desatendió demandas políticas de las capas medias; y 4) no respondió adecuadamente a los reclamos campesinos.

Por las cuatro razones expuestas, Acción Democrática parecía beneficiarse: 1) porque era la única organización política a la cual los militares disconformes podían recurrir; 2) porque a la clase obrera le resultó más atrayente volcarse a un partido opositor que, además, tenía una reconocida trayectoria; 3) porque la creciente clase media buscó en ese Partido una alternativa de participación; y 4) porque el campesinado requería una Reforma Agraria que los *adecos* prometían con mayor credibilidad que el gobierno.

En general, Acción Democrática ofrecía un programa de transformación social y de desarrollo económico para cuya concreción impulsaba cambios en el accionar estatal, en la distribución de la riqueza y en la captación de la renta petrolera.

Éstas y otras iniciativas no estaban totalmente ausentes en el gobierno de Medina Angarita y, en menor medida, en el de su antecesor López Contreras. Los ingresos fiscales petroleros se quintuplicaron entre 1936 y 1945 por aumento de las exportaciones y mayor retención impositiva, tendencia que se incrementó al aprobarse la Ley de Hidrocarburos de 1943, que imponía mayor tributación a las empresas y limitaba las concesiones a futuro. Además, un mayor grado de incidencia estatal en la economía ya venía estableciéndose, creándose organismos tales como el Banco Industrial en 1938, la Comisión de Control de Importaciones en 1940, la Junta para el Fomento de la Producción en 1944 (Aranda, 1977: 75-123).

Respecto a la Reforma Agraria, si bien Acción Democrática la incorporó como un objetivo central de su programa y la concretó una vez llegado al poder, lo cierto es que un proyecto de ley se debatía en el Congreso desde un tiempo antes, por iniciativa del gobierno.

En cuanto a las críticas de Rómulo Betancourt a los comunistas, puede considerarse que en gran medida eran acertadas, aunque sin duda tenían una importante dosis de oportunismo y otra de anticomunismo. El accionar programático y táctico de los comunistas entre los trabajadores era de larga data y habían alcanzado un merecido prestigio como organizadores del movimiento sindical, pero que-

daron limitados en su accionar cuando la línea política internacional del comunismo subordinó las luchas obreras al objetivo global de derrotar al nazi-fascismo.

Con dudosa franqueza, Rómulo Betancourt negaba ser anticomunista, pero no dejaba de utilizar los medios a su alcance para desprestigiar a los comunistas entre los trabajadores. Lo que él llamó «el matrimonio de conveniencia de Gobierno y comunismo» consagrado en los años de la guerra, no sólo lo refería a la situación venezolana, sino que lo hacía extensivo a otros casos latinoamericanos donde también se había consumado el *maridaje* entre comunistas y dictaduras opositoras al Eje como las existentes en Cuba, Perú, Brasil y Costa Rica, lo que no dejaba de ser cierto (Betancourt, 1967: 178-179).

El compromiso antifascista tuvo un efecto distinto en Acción Democrática, pues aunque su apoyo a los Aliados fue explícito, mantuvo una línea más autónoma al impulsar la ruptura y declaración de guerra con el Eje por razones puramente nacionales, tales como los ataques alemanes a naves venezolanas.

Este nacionalismo democrático lo ubicaba cómodamente frente a gran parte de la sociedad y le redituaba beneficios políticos a costa de los comunistas. Por ejemplo, cuando en los primeros meses de 1942 Acción Democrática opinó que Venezuela debía retener parte de las ganancias que las compañías petroleras obtenían al abastecer a los Aliados, los comunistas criticaron ese reclamo considerándolo desfavorable a la lucha contra el Eje. A esto los *adecos* respondieron de manera oportuna e inteligente:

«Afirmamos que Venezuela primero, porque antes que todo y primero que todo, nos afectan y preocupan los problemas de nuestro país. Y nadie puede extrañarse de eso, porque somos venezolanos, y no ingleses, norteamericanos o rusos» (Betancourt, 1967: 172-173).

Acción Democrática y su principal vocero, Rómulo Betancourt, tenían mayor libertad para opinar ya que, por un lado, su apoyo a los Aliados no estaba intermediado por la Unión Soviética como el de los comunistas y, por el otro, no tenían las mismas responsabilidades diplomáticas que el gobierno pues eran opositores. Es así que podían sin tapujos analizar situaciones y tomar partido con mayor independencia, por ejemplo, criticar el oportunismo que los aliados habían sostenido inicialmente ante el avance alemán con el consentimiento cómplice de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética; algo que los comunistas no estaban autorizados, no se atrevían o no pensaban hacer y los *adecos* lo hacían desde sus medios de difusión (*El País*, 15/02/1945).

Finalizada la guerra, estos acomodamientos no se habían modificado aún cuando se inició la controversia por el inminente proceso electoral. La sucesión presidencial había abierto un debate político de gran alcance, aglutinándose distintas expresiones de la democracia contra el eventual regreso del General López Contreras, pero no fue posible un acuerdo para sostener un candidato único e independiente por la intransigencia de Medina Angarita de querer imponer un candidato oficial, su Ministro de Agricultura Ángel Biaggini López.

Betancourt llevaba adelante una implacable oposición al proyecto del gobierno a través de artículos periodísticos, conferencias y su reconocida perseverancia de militante político, denunciando el continuismo y las prácticas inapropiadas para consolidar una verdadera democracia.

«si hay algo turbio, socarrón y fementido en la política nacional es la gestión electoral. Lo fue, en proporción suscitadora de la náusea, durante el quinquenio 1936-1941; y lo continúa siendo, en menor proporción pero siempre dentro de límites intolerables en una democracia decente» (*El País*, 26/04/1945).

En realidad, el gobierno había avanzado en el fortalecimiento de las instituciones democráticas, promovía el desarrollo económico, garantizaba las libertades al no haber un solo preso político, no censuraba a la prensa y prácticamente no existían proscripciones. Sin embargo, dos culpas inexpiables maculaban esa trayectoria impidiéndole una ruptura total con el pasado. Una era su propio origen, al haber sido designado mediante los mecanismos propios del *posgomecismo*, como ya se describió; otra, no haber ampliado la participación democrática mediante el voto secreto, directo y universal sin distinción de género, tal como sí lo sostenía Acción Democrática, persuadida de que su programa convocaba precisamente a la mayoría popular.

Los dirigentes de Acción Democrática estaban convencidos de que sólo por la fuerza podía imponerse una democracia *decente*, fuerza que no poseían. Sí disponían de ella algunos oficiales descontentos agrupados en la Unión Patriótica Militar, por lo cual se negoció una alianza para derrocar al gobierno. Dichos militares se oponían al gobierno por distintas razones, lo que hacía muy heterogénea la oposición castrense. Unos porque sostenían que el gobierno había pactado con los comunistas, otros porque consideraban necesaria una profesionalización mayor del Ejército incluyendo el sistema de promoción, algunos porque sinceramente esperaban impulsar una transformación democrática, y finalmen-

te los que buscaban el desplazamiento del poder para su futuro provecho, entre quienes se encontraba Marcos Pérez Jiménez, el oficial de mediana graduación que conspiraba a largo plazo; primero contra el *posgomecismo*, en 1945, y luego contra la democracia, en 1948.

El 18 de octubre de 1945 se perpetró la asonada que derrocó a Isaías Medina Angarita, dando inicio a un trienio cívico-militar que produjo importantes cambios en el sistema político impulsados en su mayor parte por los civiles, cuyo programa de gobierno coincidía casi totalmente con el del Partido Acción Democrática. El aporte militar se reducía a su condición de fuerza armada, más allá de consignas superficiales, tales como sostener «la honradez, la justicia y la capacitación». El suceso, a diferencia de lo que ocurriría tres años más tarde, fue exclusivamente inspirado por venezolanos, sin intervención extranjera.

Los civiles que apoyaron el golpe contribuyeron con un proyecto nacional y el apoyo popular. El primero era el programa del Partido Acción Democrática al que pertenecían, el segundo había que demostrarlo y la mejor prueba fue el mitin del 17 de octubre en el Nuevo Circo, que legitimó el golpe. El acto era parte de la conjura acordada con los militares insurrectos en los días previos al golpe, tal como resueltamente lo describió Betancourt:

«La suerte estaba echada. Y comenzamos a cumplir con parte de nuestros compromisos. En la noche del 17 de octubre convocó Acción Democrática a una reunión pública en el Nuevo Circo de Caracas. Millares de personas colmaron el más vasto local de la capital de la República. El ambiente estaba caldeado, denso de presentimientos» (Betancourt, 1967: 233).

En ese acto hablaron Rómulo Gallegos, en su calidad de presidente de Acción Democrática y otros dirigentes, cerrándolo Rómulo Betancourt, quien años más tarde se encargaría de justificar el apoyo al golpe.

«El Gobierno de facto nació de un golpe de Estado típico y no de una bravía insurgencia popular. Lo que tenía de negativo tal circunstancia no necesita ser subrayado.

Pero cualquiera que hubiere sido su origen, lo cierto es que estábamos animados de la indeclinable decisión de que el Gobierno provisional le diera al país el viraje revolucionario que reclamaba con apremio» (Betancourt, 1967: 235).

La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Rómulo Betancourt, estaba integrada por cinco civiles y dos militares, con total predominio de partidarios de Acción Democrática que, además, controlaron la mayoría de los cargos de gobierno. Cuatro días después del golpe, por iniciativa de Betancourt, se estableció que los integrantes de la Junta Revolucionaria no se presentaran como candidatos en las elecciones prometidas, como muestra de vocación democrática y el 15 de diciembre anunció que el gobierno estaba sentando las bases para alcanzar «la Segunda Independencia», consigna recurrente de Acción Democrática.

El 15 de marzo de 1946 se modificó la legislación electoral ampliando la participación ciudadana del 5% al 36% de la población y el 27 de octubre del mismo año se eligió la Asamblea Constituyente triunfando Acción Democrática con el 78% de los votos, demostrando, ahora sí, que era el *Partido del Pueblo* (Loaiza Rincón, 1999).

En tres años de gobierno, Acción Democrática impulsó importantes iniciativas para avanzar hacia un sistema político democrático. Además, hicieron su aparición nuevos partidos políticos opositores, tales como la Unión Republicana Democrática el 10 de diciembre de 1945 y el Partido Social Cristiano COPEI el 13 de enero de 1946. La democracia de partidos parecía consolidarse.

Aprobada la nueva Constitución, que por primera vez reconocía derechos sociales, se realizaron las elecciones presidenciales en diciembre de 1947 mediante el voto directo y secreto y el 14 de febrero de 1948 asumió como Presidente Rómulo Gallegos.

Los cambios significaron un importante avance hacia una democracia ampliada, lo que parecía demostrar que el cumplimiento del compromiso entre Acción Democrática y el pueblo garantizaría la consolidación del sistema. El apoyo popular al gobierno, demostrado en actos multitudinarios y en la creciente adhesión de organizaciones obreras y campesinas creadas y controladas por Acción Democrática, no resultaron a la postre condición suficiente para conservar el poder.

La reforma agraria, las mejoras a la clase obrera, el uso del incremento de la participación estatal en los beneficios petroleros, el enjuiciamiento por peculado a muchos opositores y otras medidas, aunque moderadas, provocaron confrontación con inversores extranjeros y generaron una fractura de la estructura del poder al alejar del gobierno a algunos partidos políticos de la derecha venezolana, a un importante sector de la desconfiada burguesía, a la iglesia católica y a las fuerzas armadas, resultando en consecuencia un golpe militar que derrocó a

Rómulo Gallegos el 24 de noviembre de 1948, con el auspicio de la diplomacia norteamericana.

Así se frustró la primera experiencia democrática de Venezuela, instalándose un gobierno dictatorial que permaneció casi diez años. En efecto, entre 1948 y 1952 el gobierno de facto estuvo formado por una junta militar de la cual participaba de manera subalterna Marcos Pérez Jiménez, quien seguidamente fue designado Presidente de Venezuela, cargo que desempeñó de manera autoritaria hasta su derrocamiento el 23 de enero de 1958.

El acto del 17 de octubre

Fascinada por la elocuencia de un notable orador, la multitud convocada ese 17 de octubre en Nuevo Circo escuchaba el anuncio de una inminente «salida evolutiva a la compleja situación política del país». Rómulo Betancourt estaba en realidad aportando lo suyo a la asonada del día siguiente en nombre de un pueblo que Acción Democrática pretendía representar.

«Somos un partido político que se ha organizado para que este pueblo aquí congregado, para que el pueblo venezolano vaya al poder y nosotros con ese pueblo a gobernar [...] para implantar un programa de salvación nacional» (*El País*, 06/01/1946).⁸

En ese acto Rómulo Betancourt anunció al pueblo reunido en la plaza de toros el fin de una época y el inicio de otra, considerándose a sí mismo vocero de la multitud. Al pueblo, según Betancourt, no lo integran solamente aquellos que visten «alpargatas y blusa», sino también otros sectores de la sociedad. Con esto, no deja duda sobre el contenido policlasista del movimiento que lideraba. En su discurso convocó a «todas las clases sociales», lo que no fue óbice para que en alocuciones posteriores se dirigiera a alguna de ellas de manera específica; sea de manera paternalista ante la Confederación de Trabajadores de Venezuela, o tranquilizadora ante la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción; en ambos casos, en oposición a la lucha de clases (Moleiro, 1978: 128).

En un peculiar contacto con ese *pueblo* socialmente heterogéneo al que tradicionalmente se lo identifica con el simbólico mote de *Juan Bimba*, Betancourt se atribuía a sí mismo dotes carismáticos:

⁸ Se trata de una copia taquigráfica realizada por Rafael Maldonado, en adelante *Discurso del 17 de octubre*.

«Nunca igual que en esa noche, he sentido cómo el orador que no hace frases sino interpreta estados de ánimo colectivo, sirve de instrumento para exteriorizar sentimientos y voliciones surgidos de la multitud. Hablé más de una hora y cuando mi mujer, quien no había asistido al mitin por enfermedad y compartía conmigo la intensidad de aquellos momentos, me preguntó qué había dicho, me di cuenta que no lo recordaba» (Betancourt, 1967: 233-234).

Betancourt reeditó en su discurso la consigna «sufragio libre, directo, universal, secreto» que diez años antes había fracasado por diversas razones y, entre otras, destacaba el momento histórico adverso de aquella época, para contrastarlo con la viabilidad de ese presente.⁹

«era la hora del fascismo, era la hora de la espada, como dijo Leopoldo Lugones; pero en 1945 la situación es absolutamente diferente: estamos viviendo universalmente la hora del sufragio libre» (*Discurso del 17 de octubre de 1945*).

Al finalizar su discurso, difundido por la Radio Ondas Populares, Betancourt anunciaba la *salida* prometida que al día siguiente se materializaría en un golpe de Estado, un gobierno provisorio y el llamado a elecciones libres, cumpliendo así el compromiso con los militares insurrectos de preparar a la opinión pública.

«A todo el pueblo venezolano, a todas las clases sociales venezolanas, a todos los que se sienten desvinculados de este régimen los llamamos a luchar por la consigna que en esta noche histórica de la nueva Venezuela dejamos sembrada en la conciencia del país: elecciones generales, presididas por un gobierno provisional, a fin de que mediante el sistema de sufragio directo, universal y secreto el pueblo venezolano pueda escoger a un Presidente de República y a un poder legislativo que sean los auténticos depositarios de la soberanía de la Nación» (*Discurso del 17 de octubre de 1945*).

Acción Democrática transmutó el simple acuerdo con militares insurrectos en un acto de compromiso entre partido y pueblo, que luego pareció cumplirse a cabalidad. Efectivamente, Acción Democrática recibiría más votos y el pueblo

⁹ En efecto, las dictaduras que se instalaron en la mayoría de los países latinoamericanos en los años treinta, fueron paulatinamente desmanteladas en los años finales de la Segunda Guerra, cuando el triunfo de la democracia sobre el autoritarismo en el mundo parecía anunciar una nueva época.

más *conquistas sociales*, proyectándose la imagen de una nueva identidad emanada de la relación Partido-Pueblo (Dávila,1995).

A ese 17 de octubre, en consecuencia, podría asignársele una particular significación como hito histórico, pese a lo cual no fue recuperado como símbolo político con la misma dimensión que lo hizo el peronismo con los acontecimientos del mismo día en Buenos Aires. Veamos por qué.

El acto del 17 de octubre realizado en Buenos Aires fue considerado por el mismo Perón como legitimador de un poder que, como mínimo, era de dudoso origen, ya que se retrotraía al golpe de Estado del 4 de junio de 1943. También lo consideró el precedente del triunfo electoral de 1946, lo que despejaba dudas sobre la probable naturaleza espuria del mandato popular al ser ungido por la vía democrática sin sospechas de fraude alguno.

«En lo que se refiere, por lo menos, a mi participación personal en el movimiento del 4 de junio de 1943 y a mi gestión posterior, no cabe duda de que ha sido legitimado en las manifestaciones populares del 17 de octubre de 1945 y en los comicios no ya libres, sino libérrimos, de febrero de 1946» (en Hernández Arregui, 1973: 396).

Desde la presidencia, Perón potenció el significado del acontecimiento, evocándose dicha fecha como el *Día de la Lealtad* e incluyendo en sus discursos conmemorativos algún anuncio de gran impacto emotivo. La participación popular en el mitin es indudable, como así también su mitificación posterior y finalmente, la adopción del símbolo como representación colectiva, si no de la sociedad global, sí de la peronista que, por otro lado, resultó ser la mayoría. Perón entró al escenario político argentino por la puerta abierta mediante un golpe militar y, aunque el 24 de febrero de 1946 obtuvo un incuestionable triunfo electoral con el apoyo de desprendimientos de los partidos políticos, del Ejército, de la Iglesia y fundamentalmente de las organizaciones obreras, bien podía considerarse un continuismo, si no fuera por los acontecimientos de octubre.

En efecto, los sucesos dejaron la impresión de que la pertenencia de Perón al Ejército y al gobierno de facto eran cosas del pasado y el hecho que demostraba esas rupturas era el acto del 17 de octubre, cuyo contenido nacional y popular proyectaba al peronismo como representante de los intereses del *pueblo* que lograba, a la vez, derrotar a una convergencia de similar magnitud integrada por algunos militares, por *oligarvas* y por intereses extranjeros, que en la antinomia maniquea del imaginario peronista representaban el *antipueblo*.

Se trataba en realidad de una convergencia opositora cuya composición política era tan heterogénea como la que apoyó a Perón. Ni los *oligarcas* de una parte, ni los fascistas de la otra, eran suficientes para caracterizar al conjunto de cada contendiente. El 19 de septiembre la oposición al gobierno militar organizó en Buenos Aires la *Marcha de la Constitución y la Libertad* convocada por radicales, conservadores, socialistas, comunistas, demócratas progresistas y grupos católicos que sumaron probablemente más de 200.000 asistentes, resultado de una coincidencia antiperonista que burlescamente fue catalogada de *fantochada oligárquica* y que en parte integró luego la Unión Democrática, derrotada electoralmente por los peronistas en febrero de 1946. El embajador norteamericano Spruille Braden brindó apoyo a la coalición antiperonista y el peronismo respondió con la inteligente consigna «Braden o Perón».

Además de legitimar el ulterior acceso al poder, la movilización popular del 17 de octubre adquirió un significado fundacional del movimiento peronista y como tal se interpretó la jornada, exagerando algunos datos, tales como la participación de Eva Duarte, el cautiverio de Perón, los obstáculos para que los participantes pudieran llegar a Plaza de Mayo y el número de manifestantes. Mientras algunos estimaban 150.000 asistentes, los partidarios de Perón calculaban muchos más, como si la cifra precedente fuera insuficiente para demostrar la contundencia de un acontecimiento cuya relevancia no solamente se sustentaba en la magnitud de la concurrencia sino en su composición social, con una importante presencia obrera.¹⁰

Luego del triunfo peronista, por iniciativa de Eduardo Colom y otros diputados como Cipriano Reyes –ambos con participación directa en el acto del 17 de octubre–, se aprobó en 1946 la Ley 12.868 que declaraba feriado al que se denominó primero Día del Pueblo, luego Día de la Lealtad. Con similar propósito al 1° de mayo, se nombró a ese día como la Fiesta del Trabajo, dos fechas de gran significación en los multitudinarios mítines de Plaza de Mayo (Ciria, 1983; James, 1987; y Torre, 2002).

En los actos recordatorios posteriores a 1945, en los que presumiblemente la concurrencia fue aún mayor, Perón potenció el significado del 17 de octubre incluyendo en sus discursos algún anuncio impactante. Por ejemplo, en 1950 enunció las llamadas «20 verdades del peronismo», una suerte de mandamientos que imponían pautas de conducta general a sus seguidores. En 1951 dedicó la

10 Eduardo Colom, periodista y luego diputado peronista, calculó la asistencia en medio millón de personas. Es posible que este testigo presencial tratara de contrastar con la masiva concurrencia a la *Marcha de la Constitución y la Libertad* que organizara la oposición el 19 de septiembre del mismo año.

jornada a Eva Perón, consagrándola *guía y abanderada* del movimiento peronista, quien algunos meses antes había resignado la candidatura vicepresidencial en un emotivo discurso difundido por radio el 31 de agosto. En 1952, pocos meses después del fallecimiento de Eva Perón, hizo pública la creación de la Fundación Evita, colateral a la existente Fundación Eva Perón, anunciando el uso de bienes testamentarios para esos fines. En 1953 presidió el acto conjuntamente con Anastasio Somoza.

En Venezuela, una convergencia cuya argamasa tenía como ingredientes las expresiones antifascistas en boga, la conformaba fuerzas políticas del *posgomecismo* con apoyo de los comunistas y la condescendencia norteamericana. A esta concordancia se oponía solitariamente Acción Democrática, que aprovechó la situación para proclamarse representante del *pueblo* y artífice de una eventual democracia. Ambos contendientes contaban con apoyo de sectores populares y militares; ninguno podía ser acusado de haber ostentado alguna simpatía por el nazi-fascismo ni de ser abiertamente antidemocrático, pero los *adecos* lograron proyectar hacia el futuro una imagen de mayor compromiso democrático, tal como se plasmó en el acto del 17 de octubre que, por un lado, sirvió para dotar al golpe militar de una base de sustentación social y un programa que llamaron «de salvación nacional» y, por el otro, para difundir públicamente que la naturaleza de la asonada era profundamente democrática, pese a que se estaba destituyendo a un gobierno constitucional.

La multitud que concurrió al acto se estimó en 20.000 personas. Una cifra de gran importancia para la época, tanto por las condiciones demográficas y la disponibilidad de movilidad y vías de acceso, como porque los actos políticos de masas eran de reciente data.

Los comunistas habían realizado un acto en el mismo lugar el día anterior, no para impulsar un golpe de Estado sino para denunciarlo, aunque erróneamente acusaron al General Eleazar López Contreras, quien —aunque conspiraba— lo hacía desde otros grupos sin posibilidad real de triunfo.

A ese acto, que contaba con apoyo del gobierno y la ágil capacidad movilizador de los comunistas, asistieron 8.000 personas, una cifra también importante, aunque ostensiblemente menor.

Llama la atención que en el caso venezolano no quedó registrado el acto del 17 de octubre con la misma fuerza mítica que le imprimió el peronismo, ni como fecha divisoria entre el *posgomecismo* y el nacimiento de un sistema político demo-

crático, más allá de los discursos de ocasión en cada aniversario, en los que se menciona como más significativo el golpe iniciado al día siguiente.¹¹

En efecto, en el primer aniversario de la toma del poder se realizó un importante acto en las calles de Caracas, en el que se enfatizó la confluencia cívico militar para la realización de la revolución y el 18 de octubre de 1948, es decir un mes antes del derrocamiento de Rómulo Gallegos, se realizó en Caracas el mitin más populoso de la historia venezolana, en conmemoración del tercer aniversario de la revolución, en el cual Betancourt negaba la inminencia del golpe y llamaba a «ganar la batalla de la producción».

El acto del 17 de octubre peronista no mereció demasiados comentarios de los medios de comunicación, como no sea la referencia de algunos desmanes como los provocados en Buenos Aires y en La Plata, esta última paso obligado de los obreros provenientes de Berisso y Ensenada que se dirigían a la concentración en Plaza de Mayo.

En otras ciudades, donde el acontecimiento había tenido escasa repercusión, los medios de comunicación también informaban sobre esos desbordes desde una perspectiva obviamente opositora, tal como lo hacían en la Ciudad de Mar del Plata *La Capital* y *El Trabajo*, este último, vocero del Partido Socialista.

Lógicamente, tampoco dieron cuenta del mitin del 17 de octubre de 1945 en Venezuela, eclipsado como suceso por el golpe de Estado del día siguiente, cuya interpretación contradictoria según pasaban los días hizo que lo calificaran de fascista, de socialista o como un simple cuartelazo.¹²

El rápido reconocimiento diplomático de los países latinoamericanos fue disipando dudas, así como la casi inmediata adhesión del socialismo argentino.

La simpatía socialista hacia la Junta Revolucionaria se fundaba en dos razones. Una, en que Rómulo Betancourt había dado sobradas muestras de su oposición al gobierno de facto instalado el 4 de junio de 1943 y especialmente a Juan D. Perón, a quien siempre consideró autoritario, vinculándolo al fascismo, al nazismo, al falangismo y a dictaduras impuestas en América Latina. Otra, en que

11 El hecho político realizado ese día por civiles competía en trascendencia con la insurrección militar del día siguiente y éste fue considerado el acontecimiento fundamental, pese a que el primero se realizó para cooperar con el segundo. La intención de divulgar el protagonismo de Acción Democrática quedó demostrada cuando, además de difundir el día posterior un resumen del discurso de Betancourt en el diario del Partido, tres meses más tarde publicó el discurso completo.

12 El diario *La Nación* y otros medios argentinos de comunicación dieron una significativa cobertura informativa de los sucesos venezolanos, declinando en la medida que se consolidaba el nuevo gobierno y cuando otros acontecimientos latinoamericanos llamaban más la atención, como el derrocamiento de Getulio Vargas el 29 de octubre de 1945.

se asociaba a Acción Democrática con las ideas del APRA peruano, con el socialismo, la democracia y el antifascismo.¹³

Lo primero había sido demostrado por el propio Rómulo Betancourt, quien editorializaba *El País*, órgano periodístico de Acción Democrática en cuyas páginas se había referido peyorativamente al gobierno de Farrell-Perón, así como a los de Trujillo, Somoza, Ubico y otros dictadores latinoamericanos; lo segundo, en que el contenido programático del partido que lideraba marcaba esa tendencia, tajantemente diferenciada de la de sus émulos comunistas, en tanto que no ahorra elogios a Hipólito Yrigoyen y a connotados dirigentes socialistas.

«En Argentina es precaria la estabilidad del régimen que jefaturan Farrell y Perón. El agua lustral de la absolución ha sido discernida, en Chapultepec y San Francisco, a los confesos pro-nazis de la claqué militarista porteña. Bastó para ello que suscribiera, a la hora undécima, el pacto de las Naciones Unidas y que cumpliera su parte de sainete declarando furibunda guerra al Eje. Pero, a pesar de todo eso, el pueblo argentino, sus demócratas del viejo partido radical de Alem e Yrigoyen, los socialistas de Justo y Repetto, los trabajadores y hombres de empresa con sensibilidad democrática, pugnan y seguirán pugnando porque el GOU fascitizante sea desplazado de la Casa Rosada; sea desplazado de un solio que se honra con haber cobijado a esa gran expresión de criolledad, símbolo de pensamiento y acción creadores, que fue Domingo Faustino Sarmiento» (*El País*, 10/05/1945).

Es así que el arco opositor al gobierno de Farrell tenía un potencial aliado en el nuevo gobierno que se establecía en Venezuela el 18 de octubre, cuando el conflicto político estaba en su apogeo ante el posible desplazamiento del poder militar, sea mediante su traspaso a la Suprema Corte, como primero se impulsó, o por un nuevo gobierno de coalición antiperonista, como finalmente se proyectó para participar en las elecciones del 24 de febrero del año siguiente.

Esto no podía ser desaprovechado y quienes así lo entendieron fueron radicales y socialistas, particularmente estos últimos, que porfiadamente resistían al gobierno desde distintas trincheras, siendo muy valoradas las que habían cavado

13 El trayecto ideológico de los que en 1941 fundaron Acción Democrática inició su recorrido en 1928 con orientación *garibaldista*, según definición de Betancourt, pasando luego a una adhesión más sistemática al proyecto político sostenido por el aprismo y, al terminar la Segunda Guerra, a una explícita simpatía hacia la socialdemocracia europea.

en las aulas universitarias en general y en la Universidad Nacional de La Plata en particular.

La ciudad de La Plata y sus alrededores constituyeron un escenario donde significativamente repercutieron los acontecimientos del conflicto. Por un lado, la Universidad e importantes organizaciones políticas y sociales ejercían una oposición sistemática; por el otro, el Sindicato Autónomo de la Carne y otras organizaciones obreras de Berisso y Ensenada conducidos por Cipriano Reyes daban su apoyo a Perón. Durante los días 17 y 18 de octubre de 1945 se produjeron enfrentamientos y arremetidas que incluyeron el apedreamiento de la Universidad y del domicilio de su Presidente (Rector) Alfredo D. Calcagno y de los diarios *El Día* y *El Argentino*, entre otros sucesos.

La universidad platense estaba tradicionalmente muy vinculada a la política nacional y desde un comienzo docentes y estudiantes ejercieron una tenaz resistencia al gobierno de facto instalado el 4 de junio de 1943, muy acentuada a partir de la renuncia de su Presidente (Rector) Alfredo Palacios el 21 de octubre de ese año (Barba, 1998: 46-62).

La Universidad Nacional de La Plata no había sido intervenida como el resto, pero la oposición al gobierno y la defensa de la Autonomía también allí movilizaban a estudiantes y docentes. El creciente activismo junto a fuerzas políticas de oposición tomó mayor impulso cuando participaron en la Marcha de la Libertad y la Constitución del 19 de septiembre y fueron tomadas facultades en todo el país durante los días 2 al 5 de octubre (Kleiner, 1964: 39-62).

El ex diputado y profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Nacional de La Plata y del Colegio Nacional Carlos Sánchez Viamonte había tenido que abandonar su Cátedra como otros –aunque varios de ellos la retomaron poco tiempo después– y era, como bien puede suponerse, un convencido opositor al gobierno. En 1942 había tomado contacto en Caracas con Rómulo Betancourt y otros integrantes de Acción Democrática, así como con miembros de la Universidad Central, por lo que no es sorprendente que fuera el nexo al que recurrió la Junta Revolucionaria para buscar el apoyo del socialismo argentino. Inmediatamente, Sánchez Viamonte hizo pública su opinión de que Acción Democrática era un «partido organizado sobre bases socialistas» al que había que apoyar ahora que estaba en el gobierno (*El Trabajo*, 22/10/1945 y 23/10/1945).

Otra definición de Rómulo Betancourt, muy afín con gran parte de la oposición, giraba en torno a la autonomía universitaria, principio al que adhería desde su juventud. En contraposición con el accionar de Farrell y de Perón, Betancourt

y sus conmlitones impulsaron una mayor autonomía universitaria cuando abordaron el poder.

De hecho, los dirigentes más representativos del socialismo argentino se solidarizaron con el nuevo gobierno mediante un telegrama enviado al Presidente de la novel Junta Revolucionaria:

«Amigos socialistas argentinos exprésanle su ferviente simpatía y formulan votos por el éxito de las finalidades democráticas proclamadas por el movimiento del pueblo venezolano» (*La Nación*, 24/10/1945).¹⁴

Por su parte, la Universidad Popular Alejandro Korn, una institución político-cultural creada en 1937 por intelectuales vinculados a la Universidad Nacional de La Plata y al socialismo, era también un importante foco de oposición al peronismo (Graciano, 1999).

No fue inesperado, entonces, que expresara sus expectativas sobre los acontecimientos venezolanos mediante un telegrama dirigido a Acción Democrática:

«Anhelamos que [el] triunfo de Acción Democrática contribuya a imponer el imperio [de la] libertad en todo el ámbito de América» (*El Argentino*, 25/10/1945).

Mientras la Cancillería argentina estudiaba el reconocimiento del nuevo gobierno, se adelantaron a hacerlo socialistas argentinos, chilenos y de otros países latinoamericanos, con muestras de adhesión al gobierno venezolano y entre los gobernantes, la más calurosa fue la enviada por Juan José Arévalo, Presidente de Guatemala. Una mayor demora del gobierno argentino en relación a otros como los de Cuba, Ecuador, Paraguay, Uruguay, Panamá, México y Guatemala se explica, entre otras razones, por la persistente hostilidad de Betancourt, tal como lo expresara en una entrevista concedida a *The Associated Press* cuando aún se oían los disparos de la resistencia del gobierno derrocado, declarando que el nuevo gobierno de Venezuela:

«se opondrá a todas formas de dictaduras donde quiera que se encuentren. [...] Estamos en contra tanto del régimen Farrell-Perón como el de Franco» (*La Nación*, 23/10/1945).

14 Firmaban el telegrama Manuel Besaso, Enrique Dickman, Américo Ghioldi, Andrés Justo, Alicia Moreau de Justo, Jacinto Oddone, Manuel Palacín, Nicolás Repetto, Silvio L. Ruggici, Carlos Sánchez Viamonte y Juan Antonio Solari.

El 30 de octubre, Rómulo Betancourt dirigió por radio un mensaje a la nación anunciando el reconocimiento del nuevo gobierno por parte de Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Ecuador, Paraguay, Cuba, Bolivia, Guatemala, Panamá, México, Haití, Brasil, Chile, Perú, Colombia, Argentina y Uruguay. El reconocimiento argentino no fue óbice para que la relación continuara siendo tensa, tanto en este primer momento como cuando Perón gobernó a partir de las elecciones de 1946, un adversario al que consecuentemente combatió en el futuro.

Vidas paralelas

Betancourt y Perón hicieron importantes concesiones a la Iglesia y contaron con el apoyo de instituciones castrenses e, irónicamente, años más tarde fueron hostilizados y obligados al exilio, tanto por oposición de la Iglesia como por intervenciones militares.

Uno y otro tenían algún precedente relacionado con militares insurrectos, del que luego se arrepintieron públicamente. En 1928, poco después de las luchas estudiantiles de febrero, Betancourt cooperó junto a algunos intelectuales y estudiantes con militares insubordinados en un fracasado intento contra la dictadura de Gómez, lo que en realidad no era más que una confrontación en el interior del sistema. En 1930, Perón participó de la asonada contra el gobierno democrático de Yrigoyen, primeramente en las filas de José Uriburu y luego en las de Agustín Justo, dos generales sediciosos que –aunque con diferencias ideológicas y políticas sustanciales– habían tenido el mismo objetivo conspirativo.

Perón y Betancourt consideraban al Ejército una institución fundamental de la nación, consideración muy oportuna en el caso de Betancourt, pues sin ser militar se hizo de un poder usurpado por militares, y muy lógica en Perón que, siéndolo, abandonó temporalmente esa condición castrense pero conservó el apoyo del Ejército y del gobierno militar presidido por Edelmiro Farrell. En el discurso del 17 de octubre, Perón hizo pública su solicitud de retiro del Ejército, pero poco después recuperó su condición militar y fue ascendido, de modo tal que al jurar como Presidente de la Nación lo hizo vestido con uniforme y grado de General.

Los dos fueron hostilizados por importantes sectores de izquierda y ellos mismos lo hicieron con esa corriente del pensamiento, pero mientras que Perón no era acusado por la derecha de ser un agente del comunismo, sí lo fue Betan-

court, pese a sus incontrastables muestras de fe anticomunista, potenciada años más tarde durante su segundo mandato de 1959-1963.

Betancourt nunca fue encartado por simpatías hacia los países del Eje, en tanto que Perón y muchos de sus colaboradores sí. Estas diferencias tenían gran significación en un conflicto como el de la Segunda Guerra, que dejaba poco margen para ambigüedades, especialmente al ingresar EEUU y la URSS, que mundializaron la aparente contradicción entre democracia y autoritarismo, incitándose en cada país del mundo occidental «el enfrentamiento entre las fuerzas pro y antifascistas» (Hobsbawm, 1998: 150).

Su distancia con el comunismo se basaba en legítimas diferencias políticas, lo cual podía incluir una crítica a la estrategia general del comunismo y a su obsesiva aplicación, tal como lo expresó al ser disuelta la III Internacional.

«Lo que realmente suceda en nada afectará la línea política de Acción Democrática, partido de izquierda de inspiración americanista y desvinculado de las Internacionales europeas. Seguiremos pugnando por hacer efectiva y fecunda la democracia americana, tarada de fallas e inconsecuencias; por la definitiva derrota del Eje, el enemigo más artero del progreso humano; por una auténtica paz de los pueblos, sin nuevos Versalles» (Betancourt, 1967: 173).

Betancourt simpatizó con el socialismo francés y el laborismo británico; apoyó a líderes latinoamericanos como José Arévalo y José María Velasco Ibarra; opositor al falangismo español, rompió relaciones con el régimen de Franco ni bien asumió y no ahorró críticas a los gobiernos que consideraba antidemocráticos o directamente dictatoriales, como los de Vargas, Somoza, Trujillo y Perón.

Betancourt acusaba al gobierno de facto de Farrell y Perón de profascista, en estrecha consonancia con la estrategia de coerción desplegada en 1944 por el Departamento de Estado a través de su Secretario Cordell Hull (Peterson, 1970).

«Desde que con el escalamiento y fractura penetraron los coroneles del Plata a la casa donde un día despacharon Domingo Faustino Sarmiento e Hipólito Yrigoyen, la opinión continental esperaba que se tomaran medidas de profilaxia y aislamiento frente a ese brote de insurgencia fascista. Porque para nadie era un secreto que los miembros del GOU argentino, encaramados al Poder por la vía del asalto cuartelario, eran enemigos militantes de la democracia y simpatizantes activos de nazis y

falangistas. Los decretos que disolvieron los partidos políticos, los sindicatos obreros, amordazaron la prensa, encarcelaron a los líderes del pueblo, revelaban la calidad totalitaria de su ideología» (*El País*, 31/07/1944).

Al año siguiente, mientras una multitud aguardaba a Perón en Plaza de Mayo, y en Caracas otra concurrencia escuchaba a Betancourt, éste dedicó un párrafo de su discurso al gobierno argentino, al presagiar el fin de las dictaduras y el inicio de una nueva era en América Latina con un anuncio que finalmente no se cumpliría:

«cuando desaparezcan definitivamente del escenario político del sur los coroneles arrogantes del Plata, cuando ya no queden ni vestigios de Perón, ni de Farrell, ni de Ávalos, cuando el GOU sea un mal recuerdo en la memoria del gran pueblo de Domingo Faustino Sarmiento, no se verá en la Argentina a las versiones gauchas del general López Contreras y Medina tratando de imponer su voluntad» (*Discurso del 17 de octubre de 1945*).

El 17 de octubre de 1945, Rómulo Betancourt presagiaba la muerte del peronismo cuando, en realidad, estaba gestándose para nacer e instalarse en el gobierno por la vía electoral. El triunfo de Perón en las elecciones de 1946 fue un resultado inesperado para una oposición que creía haber aglutinado fuerzas suficientes para evitarlo, percepción que probablemente haya compartido Betancourt.

La desconfianza de Venezuela hacia Argentina, su principal abastecedor en América Latina durante los primeros años de la Segunda Guerra, no tenía precedentes en el siglo XX. Betancourt estaba convencido de que Marcos Pérez Jiménez había sido alentado por Perón para derrocar al gobierno constitucional de Rómulo Gallegos en 1948, coincidentemente, el mismo año en que se reunieron Perón y Pérez Jiménez y también se impusieron regímenes militares en Perú y El Salvador.

«La ofensiva interna contra el Gobierno legítimo se conjugaba con las voces de estímulo y aliento que desde el extremo sur de América lanzaban Juan Domingo Perón y sus acólitos del GOU a los Estados Mayores militares. [...] Y hasta la propia Meca de la cruzada militarista americana se llegó, a abrevar lecciones y a recibir consignas, quien habría de ser pocos meses después el más activo jefe del asalto armado contra las instituciones democráticas de Venezuela: el entonces teniente coronel Mar-

cos Pérez Jiménez. En los comienzos de 1948, siendo Jefe del Estado mayor, viajó hacia la Argentina. Conferenció con el ductor del ‘justicialismo’ y escuchó sus consejos...» (Betancourt, 1967: 559).

El 16 de setiembre de 1955, Juan D. Perón fue derrocado mediante un golpe militar, iniciando un largo exilio cuyo recorrido incluyó países como Paraguay, Nicaragua, Venezuela, República Dominicana y España. La noticia fue bien recibida por Rómulo Betancourt desde su exilio, al considerar que así se ponía fin «a una dictadura que era la expresión más típica del neofascismo castrense» (Betancourt, 1967: 918).

Paradójicamente, quien se exhibía como un paladín de la democracia venezolana y opositor a los gobiernos de facto, daba su apoyo a golpes militares que desplazaban a gobiernos elegidos democráticamente como el de Perón, coincidiendo en esto con gran parte del espectro político argentino que, a su vez, dio luego su apoyo al golpe que derrocó a Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958.

Este golpe, además de los militares insurrectos, contó con el apoyo de organizaciones obreras, empresariales, religiosas y partidos políticos, siendo de particular importancia la participación de Acción Democrática que, aun antes que los comunistas, había organizado la resistencia a la dictadura de Pérez Jiménez. Juan D. Perón, quien se encontraba en Caracas, se asiló en la Embajada de República Dominicana, país donde estuvo exiliado hasta 1961 mientras gobernó Rafael Leónidas Trujillo, asesinado ese año. A partir de entonces, Perón permaneció en España hasta su definitivo regreso a la Argentina el 20 de junio de 1973.

En 1958, la democracia venezolana renacía de un nuevo golpe y se sacralizaba mediante el acuerdo de los partidos políticos conocido como Pacto de Punto Fijo, sin el contenido social y programático de 1945 ni el compromiso asumido el 17 de octubre en el mitin de Nuevo Circo y puesto en marcha con la Revolución del 18 de Octubre.

La última consideración de este artículo constituye tanto una hipótesis como su conclusión. Mientras que en la Argentina, el acontecimiento del 17 de octubre legitimó un proceso político democrático sobre el que pesaba el precedente golpista, en Venezuela legitimó el posterior pronunciamiento militar que abrió el camino para el advenimiento de una democracia con amplia participación. Esta diferencia no es óbice para que uno y otro hayan sido considerados génesis de la democracia de masas en cada caso y escenarios donde el *pueblo*, interpretado mediante la genialidad del *líder*, encontraba a partir de entonces un nuevo y pro-

misorio destino. Ambos, con las diferencias que han sido indicadas, fueron evaluados como hechos de trascendencia fundamental en el proceso político posterior, potenciando su significado histórico; aunque sin las movilizaciones populares del 17 de octubre en Caracas y en Buenos Aires, igualmente se hubiera producido el derrocamiento de Isaías Medina Angarita y, quizá, también hubiese triunfado Juan Domingo Perón en las elecciones presidenciales.

Bibliografía

- Aranda, Sergio, (1977) *La economía venezolana. Una interpretación de su modo de funcionamiento*, Bogotá, Siglo Veintiuno Editores.
- Barba, Fernando (director), (1998) *La Universidad Nacional de La Plata en su Centenario 1897-1997*, Publicación oficial.
- Betancourt, Rómulo, (1967) *Venezuela. Política y petróleo*, Caracas, Editorial Senderos, 2º edición (1º edición: 1956).
- Betancourt, Rómulo, (1979) *El 18 de octubre de 1945. Génesis y realizaciones de una revolución democrática*. Introducción de Simón A. Consalvi. Prólogo de Diógenes de la Rosa, Barcelona-Venezuela, Editorial Seix Barral S.A.
- Caballero, Manuel, (1979) *El 18 de octubre de 1945*. Colección Libros de Hoy, editado por *El Diario* de Caracas.
- Caballero, Manuel, (1995a) *Gómez, el tirano liberal. (Vida y muerte del siglo XXI)*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- Caballero, Manuel, (1995b) *Ni Dios ni Federación. Crítica de la historia política*, Caracas, Editorial Planeta.
- Castellucci, Oscar (director), (2002) *Perón y el 17 de Octubre*, Buenos Aires, Colección JDP, los trabajos y los días, Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Ciria, Alberto, (1983) *Política y cultura popular: La Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Dávila, Luis Ricardo, (1995) «La formación de los imaginarios Políticos en América Latina. El caso de Venezuela, 1945-1948», en *Revista venezolana de Ciencia Política*, Centro de Estudios Políticos y Sociales, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas-Universidad de Los Andes, Nueva etapa, N° 9.
- Graciano, Osvaldo (1999) «Entre cultura y política: la Universidad Popular Alejandro Korn. 1937-1950», en *Trabajos y Comunicaciones 2º Época*, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

- Hernández Arregui, Juan José, (1973) *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.
- Hobsbawm, Eric, (1998) *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Editorial Crítica.
- James, Daniel, (1987) «El 17 y 18 de octubre de 1945. El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera», en *Desarrollo Económico* N° 107, Vol. 27.
- Kleiner, Bernardo, (1964) *20 años de movimiento estudiantil reformista. 1943-1963*, Buenos Aires, Editorial Platina.
- Luna, Félix, (1971) *El 45*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Loaiza Rincón, Luis C., (1999) «La conformación de un sistema de partidos en Venezuela (1945-1948)», en *Presente y Pasado*. Revista de Historia, Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes, Año IV, N° 8, Mérida-Venezuela.
- Lombardi, John, (1985) *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*, Barcelona, Editorial Crítica.
- Magallanes, Manuel Vicente, (1977) *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- Moleiro, Moisés, (1978) *El Partido del Pueblo. Crónica de un fraude*, Valencia-Venezuela, Editorial Vadell Hermanos.
- Peterson, Harold F., (1970) *La Argentina y los Estados Unidos 1810-1960*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Pla, Alberto, (1996) *La Internacional Comunista y América Latina. Sindicatos y política en Venezuela (1924-1950)*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- Senen González, Santiago y Gabriel Lerman (comp.), (2005) *El 17 de octubre: antes, durante y después*, Buenos Aires, Editorial Lumiere.
- Sosa Abascal, Arturo, (1984) «La evolución de las ideas políticas originantes del proyecto político de Acción Democrática 1928-1941», en *Primer Congreso del pensamiento político latinoamericano*, 29 de junio al 2 de julio de 1983, Caracas, Ediciones del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, Congreso de la República, Tomo II, Vol. VII.
- Torre, Juan Carlos, (1989) «Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo», en *Desarrollo Económico*, Vol. 28, N° 112.
- Torre, Juan Carlos, (1990) *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Torre, Juan Carlos (director), (2002) *Los años peronistas (1943-1955)*. *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Diarios

El País, Caracas, 1944-1945.

El Día, La Plata, octubre de 1945.

El Argentino, La Plata, octubre de 1945.

El Trabajo, Mar del Plata, octubre de 1945.

La Nación, Buenos Aires, octubre de 1945.

Resumen

Rómulo Betancourt y Juan D. Perón lideraron movimientos políticos considerados génesis de la democracia de masas en sus respectivos países, jalonada por sendos mítines populares del 17 de octubre de 1945 en Caracas y Buenos Aires, cuyo significado fue realzado como causa del proceso político ulterior. Pese a las diferencias, se destacan algunas semejanzas, tales como el contenido popular de ambos movimientos y cierta base de sustentación castrense. Se incluye un marco explicativo del proceso político venezolano precedente pero, en lo sustancial, el análisis se centra en el breve periodo transcurrido entre finales de la Segunda Guerra y el inicio de la Guerra Fría, cuando se produjeron cambios políticos en Argentina y Venezuela con un gran protagonismo de ambos dirigentes en sus respectivos países y en las recíprocas intromisiones que llevaron a cabo, enfatizando la oposición expresa de Betancourt hacia Perón desde el golpe de Estado del 4 de junio de 1943.

Palabras-clave: movimientos políticos - 17 de octubre - Venezuela - Argentina.

Abstract

Rómulo Betancourt and Juan D. Perón led political movements regarded as the genesis of the democracy of masses in their respective countries, marked by popular political meetings on October 17, 1945 in Caracas and Buenos Aires, whose significance was enhanced as the cause of the posterior political process. Despite the differences, some similarities such as the popular content of both movements and certain military support are highlighted. An explanatory framework of the preceding political process in Venezuela is included but, in its core, the analysis focuses on the short period between the end of the Second World and the beginning of the Cold War, when there were political changes in Argentina and Venezuela with both leaders' significant prominent role in their respective countries and in their reciprocal interferences, highlighting Betancourt's express opposition to Perón since the coup on June 4, 1943.

Keywords: political movements - October 17 - Venezuela - Argentina.